

La Lectura Popular

ORIHUELA

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS

DON PEDRO DE CASTILLA

(Conclusion.)

Pues señor, en cierta ocasion, la *Libertad*, que era una de las princesas más hermosas de la corte celestial, deseando tener descendencia generosa que se sacrificase por sacar á los hombres de la esclavitud en que vivian, pidió permiso á Nuestro Señor para bajar á la tierra y buscar un esposo digno de obtener su mano, y realizar con ella la grande obra.

No puede usted imaginarse amigo D. Pedro lo contentos que se pusieron todos los seres del universo al ver á la linda doncella, ataviada con lo mejorcito que tenia, dirigirse á este valle de miserias luciendo el garbo que Dios le habia dado. Conforme avanzaba, el mundo entero parecia alegrarse y sonreír: los planetas le daban serenatas; las estrellas le echaban flores.

—¡Olé salerol!—le decia Mercurio agitando las aletas de los tobillos.

—¡Viva la gracia!—le gritaba Venus bailándole una jota aragonesa.

—¡Yo tambien quiero verla! ¡yo tambien!—decia un cometa muy feo y melencólico que venia de hacer un viaje de setecientos quinquillones de leguas, con los zapatos rotos de correr por los caminos del espacio.

Y se comprende, amigo mio, la razon que tenian todas las criaturas para entusiasmarse á la vista de la *Libertad*. La *Libertad*, joya la más hermosa del tesoro de Dios, es don concedido exclusivamente á los seres racionales; los animales, las plantas, y hasta los astros mas brillantes y esplendorosos, no pueden gozar de tan rico tesoro; porque obedecen las leyes del Criador forzosamente, y por tanto sin mérito ninguno. Solo al hombre le es dado obedecer con conciencia de lo que hace, y por consiguiente con la esperanza de recoger el fruto de sus obras. No es extraño pues, que hasta las estrellas del cielo se conmoviesen á la vista de la *Libertad*.

Pues como digo, la tal Señora fué

bajando hasta llegar á la tierra, y en cuanto llegó, el diablo, que estaba observando por una rendija de su calabozo lo que pasaba en el mundo, al ver á la Princesa dió un brinco de emocion, se puso primero pálido muy pálido, despues verde muy verde y últimamente hubo que hacerle una taza de calaguala con estriecinina para que no perdiese la chaveta: tal fué la impresion que le causó la vista de su antigua prometida.

—¡Desgraciado de mí!—exclamó—¡qué hermosa es! ¡y la he perdido para siempre!; pero yo procuraré que vuelva á entrar en la familia, porque sin ella no puedo vivir:—¡Hijos míos! dijo dando un grito de mochuelo que se oyó á veinte leguas en contorno: ¡Hijos míos! acudid.

Inmediatamente se le presentaron sus hijos, que no eran otros que los siete pecados capitales, más feos que Picio y más negros que el hollin de la chimenea

—¡Hijos de mi alma! dijo el diablo; la *Libertad* acaba de bajar á la tierra, y es preciso conquistarla á todo trance. Sin libertad no podemos hacer nada metidos en esta ratonera, y es preciso hacer algo; es preciso inventar algo para volver á tenerla entre nosotros. Una idea me ocurre. A ver como os poneis decentitos, y vais en seguida á pedirle palabra de casamiento: es el mejor medio de lograr nuestro objeto. ¡Vivo! y ya estais de vuelta.

Los pecados se pusieron todos muy contentos, y dirigiéndose en seguida atropelladamente á la guardarropia del infierno, empezaron á elegir los trages más de moda para hacer efecto y ganarse el corazon de la diosa. La *Soberbia* se vistió de cacique liberal; la *Avaricia* de banquero judío; la *Lujuria* de mason grado 33; la *Ira* de capitán retirado.

(No se incomode usted D. Pedro; no tal vez no hallaria otro traje.)

Y así sucesivamente fueron acicalándose todos como mejor les pareció.

Entretanto la *Libertad*, que iba caminando rodeada de alegres pajarillos que le cantaban dulcísimas canciones, se detuvo un momento, y aprovechando

aquella ocasion se le presentó el primer pretendiente.

El primogénito de Lucifer venia hecho un real mozo luciendo un centenar de cintajos y condecoraciones.

—Señora, dijo plantándosele delante con soltura y haciéndole un gracioso saludo; ¿es usted la gran Princesa llamada Libertad?

—Para servir á Dios.

—Pues veo que no me han engañado porque en efecto es usted la criatura mas linda que conocí jamás. No es extraño que el papá esté loco perdido pensando siempre en usted. En su nombre vengo precisamente á pedir á usted su mano para mí, seguro de que con ella vamos usted y yo juntos á conquistar, no digo la tierra entera, sino hasta el cielo y sus islas adyacentes.

—¿Y es para eso para lo que quiere usted mi mano?

—Señora ¿pues para que la he de querer?

La *Libertad* levantó la vista al cielo y exclamó dentro de sí: ¡Dios mio! ¡buen pretendiente me ha caido! Si la *Soberbia* hiciese suya la mano de la *Libertad*, ¿qué seria de los débiles de la tierra? ¡Pobres hijos del pueblo! ya me parece estarlos viendo sufrir las consecuencias de todas las tiranias: diezmos por las quintas, sugetos á interminables servicios obligatorios, muriendo en las barricadas, derramando la sangre en cien revoluciones engendradas por el desenfreno de la ambicion y del orgullo. ¡No me caso!

La *Soberbia* se puso fosca, dió un respolido y se marchó echando espumarajos por la boca. Pero aun no se habia marchado cuando se presentó la *Avaricia*.

La *Avaricia* era feísima y tenia cada uña como una lanceta; pero venia tan cargada de joyas y relumbrones que daba golpe.

—¡Señora!, dijo desarrugando su cara de pergamino así que vió á la diosa. ¿Es á la hermosísima *Libertad* á la que tengo la honra de dirigir la palabra?

—Á la misma que viste y calza.

—Ah; Señora mia! ¡cuánto honor tengo en conocerla y cuanta satisfaccion!

Empiezo participando á usted que perteneczo á la familia más rica de la especie humana; no obstante el papá la quiere á usted tanto, que, aun á trueque de abandonar asuntos perentorios, me obliga á que venga á pedir su blanca mano, que junta con esta (y enseñó una más negra que la pez), pueden realizar grandes cosas. Tenemos grandes negocios en explotación, grandes industrias, grandes bancos, grandes contratas con el Estado; en suma, poseemos las riquezas de medio mundo; pero si usted nos ayudase....

—Se quedarían ustedes con las del otro medio, ¿no es esto? Ya lo sé, y por lo mismo no me caso. Vuelva usted y dígame á su poderoso papá que la Libertad no quiere casarse con la Avaricia; porque sabe que si la hiciese dueña de su mano, con esa mano acabaría de desplumar á todos los pobres de la tierra.

Al oír aquello la Avaricia dió otro bufido; y escapó echando venablos por los ojos.

Pero aun no había escapado cuando se presentó el tercer pretendiente: la Lujuria.

La Lujuria era un pecado tan gordo que venía naneando como un pato.

La Libertad al verlo dió un paso atrás y se tapó los ojos.

—¡Asqueroso esperpento!;—exclamó sin dejarle abrir la boca ¿vienes tú también á pretender mi mano?

—¡Señora Libertad! dijo el mamarracho haciendo un zalamerísimo saludo y arrastrando el mandil con afeminada coquetería; Señora Libertad, no se alarme usted, que no hay para tanto.

—¿No he de alarmarme, bicho repugnante? ¿Acaso no conozco tus negras intenciones?

—¡Ah, Señora! exclamó el tibur. Usted ha sido ya fanatizada por el elemento clerical; y sin duda ha olvidado los derechos de la humanidad que.....

—Calla, esperpento, no tienes tu mala humanidad. Anda, ve á escribir artículos para *El Motín*, y deja á la Libertad seguir su camino.

La Lujuria se marchó también, y tras ella se presentó la Ira con las manos ensangrentadas, y la Gula con la embriaguez en el rostro y la Envidia y la Pereza y toda la demás caterva de inmundos pretendientes, empeñados todos en que la Libertad había de ser suya.

Pero la Libertad conocía su propia condición, y sabía que quien lograra conquistarse la acrecentaría su poder extraordinariamente, y no quería ella

ser cómplice de ninguno que quisiera utilizarla para aumentar la esclavitud. Ella buscaba un justo que quisiera la Libertad para hacer el bien, y no un malvado que la aprovechase para el mal.

—¡Señor!, dijo levantando los ojos al cielo; ¿será posible que no halle en la tierra un liberal de veras?

—Anda, dijo una voz del cielo, que tú lo hallarás.

Entonces viendo que en Europa no daba con él, se dirigió á Asia á ver si tenía mejor fortuna.

Sobre un montecillo divisó allá á lo lejos un grupo de gentes que gritaban y gesticulaban como condenados. Al mismo tiempo se oían gritos y lamentos que partían el alma.

—¿Qué será aquello? dijo la Libertad

—¡Ay, señora, contestó una mujer llorosa que bajaba del monte. ¿Pues no sabe usted lo que ocurre?

—No, señora.

—Que al Rey de las virtudes van á clavarlo en un palo, y lo están ya desnudando.

—¡Al Rey de las virtudes! exclamó la Libertad sintiendo latir apresuradamente su corazón. ¡Es posible!

Y trepando por la montaña se dirigió á donde estaba la sanguinaria muchedumbre.

—¡Pase! dijo abriéndolo rápidamente por entre la chusma que al verla tan hermosa se apartaba con respeto. La doncella llegó hasta los verdugos, y vió que tenían asido á un hombre dulce, de mirada celestial y rostro divino desfigurado por el sufrimiento.

La Libertad miró á aquel hombre, y aquella mirada fué todo un poema de amor.

Los verdugos terminada la cruel operación alzaron á la víctima sobre la cumbre del monte, y lo dejaron caer de golpe sobre un agujero. Las heridas se le desgarraron; la sangre empezó á salir á borbotones.

La Libertad dió un lastimero grito, y se asió al madero oprimiéndole con toda su fuerza.

He aquí, dijo levantando los ojos hacia el Rey moribundo, que no era otro que Cristo hijo de Dios vivo, he aquí el esposo que elijo para celebrar mis bodas eternas.

La sangre que bajaba en aquel momento de la cruz cayó sobre la frente de la doncella, y fué el signo del eterno desposorio.

Y tanto lo fué, que en virtud de aquella sangre la celestial Princesa se

vió en seguida rodeada de hijos: por todas partes salían mártires, héroes, Hermanas de la Caridad, defensores de la justicia y de la inocencia, hombres que se entregaban como esclavos por redimir cautivos; aquello era un verdadero ejército de liberales legítimos y verdaderos que se distinguían de los falsos ¿á que no acierta usted en qué?

—¿En qué?

—En que todos llevaban en la frente el sello de la madre: la sangre del sacrificio propio derramada por el padre en el árbol de la Cruz.

Aver amigo D. Pedro permítame usted que le mire á ver si la lleva usted también, porque si no la lleva no es usted cristianamente liberal.

—Pues ¿qué soy?

—Espere usted y se lo diré: porque el cuento no acaba aun. Cuando la Soberbia, la Avaricia, la Lujuria, la Ira y todos los demás pecados capitales se vieron desdeñados por la Libertad, irritados y despechados se fueron por esos mundos á buscar otra novia. Anda que te andarás iban olfateando todos los rincones; pero no topaban ninguna mujer de bien que los quisiera. Entonces cansados de rodar, y habiendo tropezado con una individuo que se llamaba el *Libertinaje*, todos á la vez le pidieron compromiso.

—No hay inconveniente, contestó la tunanta con mucha frescura.

—Pues venyan esos cinco. dijo la Lujuria.

—No que yo estoy antes, dijo la Envidia.

—Soy yo la primera, contestó la Soberbia.

—¿Y quién me tose á mí?, dijo la Ira.

—Yo te toso.

—Y yo te escupo.

—Y yo te corto el pescuezo.

Diez segundos despues, todos los pecados mortales estaban hechos una pelota pegándose arañazos, coces, bofetadas y puntapiés.

—¡Caballeros!, dijo Satanás sacando los cuernos por la puerta del infierno. ¿Que ruido es ese? No hay que pelearse. Pasen ustedes y yo arreglaré el negocio.

En efecto, aquel año había sido elegido juez municipal, y haciendo entrar en sus oficinas del piso bajo á los pretendientes, que por cierto iban todos manchados con la sangre de la refriega, arregló el asunto casando á todos con la misma novia, y extendiendo acto continuo con una pluma de arpia la correspondiente acta de matrimonio civil.

Los hijos de aquellas bodas, enemigos irreconciliables de los de las otras, para darse importancia empezaron sin embargo á llamarse tambien *liberales*; pero ¿que no acierta usted D. Pedro en que se distinguian de los otros?

En que en vez de llevar en la frente como ellos la sangre del sacrificio propio, llevaban en las manos la sangre del sacrificio ageno. Habian salido tambien marcados, pero no con la sangre del martirio, sino con la del crimen.

Esta es, amigo D. Pedro, la piedra de toque para distinguir á los hijos de la luz de los hijos de las tinieblas, á los amantes de la libertad de los partidarios del libertinaje, á los imitadores de Cristo, de los imitadores de Lucifer (1).

Cuando acabé el cuento observé que D. Pedro estaba muy colorado, y se tapaba las manos. Me fijé, y no pude contener la carcajada. El pobre hombre se tapaba porque llevaba en un dedo una manchita sospechosa, efecto de un arañazo que le habia hecho á doña Sebastiana al agarrarla del cuello.

—No hay que apurarse D. Pedro dijo dando un abrazo á aquel hombre, que apesar de su mal genio tenia un hermoso corazon; no hay que apurarse; que esas manchas se lavan con agua bendita. Lo que importa en adelante es procurar una de dos cosas; no volver á sacar las uñas, ó no volver á llamarse liberal.

Tres meses despues del cuento, los vecinos de D. Pedro de Castilla no habian vuelto á escuchar su voz de trueno; pareciales estar sordos. Solo oian de cuando en cuando la del loro que espulgándose ya tranquilo en el balcon á un rayito de sol gritaba alegremente.

«¡Ajá y que regalo! que Periquito ya no es liberal.

¡Ajá y qué... rrrregalo! ¡Para España y no para Portugal!»

A. C. y G.

Algunas personas desean obtener colecciones completas de nuestro periódico, y hasta ahora no hemos podido facilitárselas por estar agotados gran parte de los primeros números. No obstante, si se reuniesen suficientes suscripciones, haríamos una reimpression. Sirvanse avisarnos á la mayor brevedad los que deseen adquirirlas para ver si podemos hacer dicho trabajo. Las

(1) Este es el nombre que dá SS. Leon XIII en la enciclica *Libertas* á los que á sí mismos se llaman *liberales*.

colecciones en tal caso comprenderian los 176 números publicados hasta fin del año próximo pasado y costaria cada una 10 pesetas.

LOS CAMINOS DE LA LUZ

Diálogo escrito por el Sr. Obispo de Laval y que deben leer todos los que dicen que no tienen fé porque no está en su mauo el tenerla

(Continuacion)

EL DISCÍPULO. — Así pues, he aqui vuestro gran medio: amar á Dios; amar cuanto de Dios se conoce; amar la verdad, la justicia, la pureza, la virtud; amar al hombre, que es obra de Dios, y más particularmente á los pequeños, á los pobres, á los que yacen en la miseria; amarle, es decir, respetarle, socorrerle, protegerle, consolarle, en una palabra, hacerle bien! Y decis que cualquiera que así obre llegará forzosamente á la verdad.

EL MAESTRO. — Si, forzosamente, segun estas hermosas palabras: «las obras son quien hace brotar el amor; y el amor es quien produce las creencias.» Y, mediante ese procedimiento, no solamente alcanzareis la Religion en general; si alguna hay positivamente revelada por Dios; á ella necesariamente llegareis. Porque, en el caso de que Dios haya establecido alguna, ¿cual es? Evidentemente aquella en la cual Dios ame más al hombre; y en la cual hombre ame más á Dios; aquella en la cual Dios y el hombre se encuentren en más tierna union. Y por lo tanto, cuanto más ameis, con mayor seguridad sereis llevado á los brazos de la verdad.

D. — Por manera que vuestro gran medio para llevar las almas á la fé, consiste sencillamente en decirles: Practicad el bien.

M. — Sí; ¿acaso os parece extraño eso?

D. — Al contrario, eso me encanta, y confieso que si pudiera yo convencerme de que ese es el camino de la religion, eso me persuadiria casi para hacerme cristiano. Porque, ¿qué cosa habrá más hermosa ni más consoladora? Practicar el bien, derramar en torno de sí mismo ese perfume inefable que se llama el bien. Y cuando va adelantando la vida, cuando ya los dias declinan, volverse hacia ese tiempo que ya no volverá y decirse: He sufrido muchas tristezas y decepciones en mi vida; quizá he cometido muchas faltas; más por lo menos me parece que no la he cruzado sin haber hecho algun bien. Y cuando llegue el ocaso, digo el ocaso

de la vida, contemplar en torno de nuestro lecho de muerte á nuestros hijos y á nuestros nietos, bendecirles por última vez, y poder decirse interiormente: no les dejo toda la fortuna, ni ¡ay! toda la dicha que un corazon de padre les desea; pero existe un consuelo que nadie habrá de arrebatarnos, es el consuelo de pueden decirse: «¡Mi padre era un hombre honrado!» ¡Ah! estos pensamientos me conmueven. Hacen vibrar lo más elevado, más noble, más puro, y más profundo en mí. No, ni la salud, ni la fortuna, ni el saber, ni la gloria nada son. No hay sobre la tierra más que una ambición digna del hombre; es la ambicion de vivir y morir como hombre honrado! ¿Pero estais seguro de que eso basta para llegar á la verdad?

M. — Sí, perfectamente seguro. Pero es necesario entender el completo sentido de las palabras: *practicar el bien*. Ved ahí un hombre, bueno, leal, honrado, que ama á los hombres, que cuida de los desgraciados: ¿qué es lo que hace? Coloca sobre sus espaldas un ala que le llevará á la luz. Mas al propio tiempo comete una injusticia, calumnia ó daña á un rival; odia á un enemigo; abusa de la inocencia ó de la debilidad, ¿qué hace con eso? Se ata una bala á los pies, un peso de plomo que hará casi imposible el subir. ¿No advertis eso?

«Aquel que obra mal, dice nuestro Señor, aborrecece la luz, y no se acerca á ella.» No es digno ni capaz de acercarse; es preciso que renuncie al mal, por lo menos en cuanto al deseo, y que practique el bien interiormente al propio tiempo que en lo exterior. «Hipócritas decia tambien Nuestro Señor, limpiad los bordes del vaso; pero su interior está lleno de iniquidades.» Sois bueno, honrado, leal, indulgente: mucho es eso ya para llegar á Dios. Ved ahí preparados los bordes del vaso. Seguid mas adelante. ¿Es puro el corazon? La verdad es como el rocío: para conservarla pura es preciso recogerla en vaso limpio. Entended las admirables palabras que cantamos todos los domingos: *Natus ex Maria Virgine*. Dios no nace en las almas sino como nació en Belen; de la virginidad. Es fruto de los corazones puros.

D. — Comprendo eso. Mas, ¡oh! maestro, tiemblo al comprenderlo.

M. — Sin embargo, hasta el mismo Platón lo dice.

«¿Qué se necesita para ver á Dios? Ser puro y morir»

¿Aspirais á la luz?: No le opongáis espeso y opaco muro. De otra manera la luz llega, toca al muro, y se refleja para irse de allí. Preparadle limpio cristal, un hermoso vaso transparente. Llega; penetra en él y allí se queda; y lo hace brillar. El gran obstáculo que impide á las almas el ver á Dios son los sentidos. He ahí el muro. Esos sentidos espesos, opacos, que gravan el alma, que la tornan pesada, perezosa, que la corrompen, se hace necesario reprimirles, matarles, espiritualizarlos, tornarlos angélicos, para dar libertad al alma. Y esperando á la muerte que nos librerá de la venda, es necesario apelar á la pureza que la haga trasparente.

D.—«Ser puro y morir.» ¡Cómo Platon habrá encontrado tan divina frase! Brillaría hasta en una página del Evangelio.

M.—Sin embargo, faltaba ahí una palabra, pero una sola, para tener la fórmula completa: «Ser puro, *humilde* y morir!» Ciertamente, no es tan solo el cuerpo quien grava el alma y la torna pesada; á sí propia ella se hace perezosa, entumefaciéndose. Pierde sus fuerzas con la exaltación, con la super-elevación, si así me atrevo á decirlo. Además, como ella pretende hacerse centro de todo, ya no acierta á comprender las proporciones; no ve más que á sí propia; toda armonía se estrella ante su parecer. Finalmente, y en esto pen de la suprema dicha del orgullo, aislándose en sí misma, apenas recibe ya cosa alguna del cielo. Semejante á esos hombres que, cubiertos con vestidos incombustibles, atraviesan por el fuego sin quemarse, vive en medio de la luz divina sin ser por ella iluminada. La ciencia moderna descubrió la manera de *aislar* ciertos cuerpos, dejando de ser ya conductores de la luz, del calor, de la electricidad. Tal es el espantoso efecto del orgullo. Los sentidos tornan opaca el alma; el orgullo la deja *aislada*. Ambos la hacen impenetrable á toda luz celestial.

¡Oh! ¡quién sabrá comprender la hermosura de la pureza! En ella está la luz del cuerpo, como en la humildad la del espíritu. Humildad, pureza, caridad, ahí están verdaderamente las tres gracias. No se separan; divinamente se entrelazan. La una lleva hasta la otra. «Quien practica el bien, llega hasta la luz.» He ahí la caridad que conduce á la verdad. «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.» He ahí la pureza que lleva á la luz.

¿Queréis verlas entrelazadas? «¡Oh! cuán hermosa es, en la claridad, la casta generación de aquellos que se unen á Dios!» He ahí la humildad, la pureza y la caridad que se unen para poner el alma en brazos de Dios.

(Se continuará)

VARIEDADES

Lo que son los incrédulos

El periódico "El Correo de los Estados Unidos, publicó días pasados un largo artículo sobre Littré, incrédulo de los más desarrapados de Francia, bajo la autorizada firma de Legouvé otro incrédulo por el estilo, amigo íntimo del anterior. Copiamos traducidos los siguientes párrafos que son de oro, pues pintan la incredulidad tal como es.

Dice Legouvé:

"El día del nacimiento de su hija, Littré dijo á su esposa:

—Querida amiga: Tu eres una católica ferviente y práctica. Educa, pues, á nuestra hija en esos hábitos de piedad que tienes. Tan solo pongo una condición, y es: que cuando cumpla quince años, la traerás á mi presencia, yo le expondré entonces mis ideas, y ella escogerá lo mejor.

La madre aceptó; transcurrieron los años requeridos, y una mañana entró en el gabinete de su marido.

—Vengo (le dijo) á cumplir mi promesa; nuestra hija está pronta á escucharte con todo el respeto y la confianza que le inspira un padre á quien ama y venera de corazón. ¿Quieres que entre?

—Ciertamente (respondió Littré); pero... ¿con qué objeto? Si es para que yo le exponga mis ideas, ¡mil veces nó! Tú has hecho de ella una criatura bondadosa, tierna, sencilla recta, ilustrada y feliz. ¿Y tú crees que yo tendria valor para lanzar mis ideas al traves de esa pureza y de esa felicidad? ¡Mis ideas, ... Pueden parecerme buenas para mí mismo, pero ¿quién me asegura que lo seria tambien para ella? ¿Quién me garantiza que con tales ideas no se corre el peligro de destruir, ó de perturbar al menos, la obra de educación que en ella has concluido con tanta perfección? Hazla venir; sí, pero será para bendecirte en su presencia y bendecir tambien todo lo que en su bien has hecho, para que de este modo te ame y te venera más que antes.

Yo tambien (añade M. Legouvé) he tenido y tengo en mi hogar doméstico almas creyentes, y del mismo modo que Littré, me tendria por criminal si alguna vez intentase turbar con mis dudas ú ofender con mis argumentos esas convicciones religiosas, de donde las personas que amo con tanta ternura sacan constantemente su consuelo y su virtud.

Pues señores incrédulos, si eso es así ¿por qué inculcan ustedes al pobre pueblo esas ideas que ustedes conocen ser perjudi-

cial y que no quieren inculcar á sus hijos? Porque una cosa es el pueblo y otra los hijos, porque mientras á estos los aman ustedes á aquel lo esplotan. ¿Nó es esto?

¡Desdichados!

Es de advertir que Littré al fin murió dentro de la Iglesia. Á última hora, como la mayor parte de sus compañeros, cantó la palinodia y se convirtió.

Así son los incrédulos: Dios los ilumina.

BIBLIOGRAFIA

La sociedad editorial de "San Francisco de Sales, ha empezado á publicar dos importantísimas obras, EL GRAN CATECISMO CATÓLICO del P. Deharbe, en cuatro tomos, y la nueva edición de las obras de D. JUAN DONOSO CORTÉS, enriquecidas con un caudal de documentos inéditos. Estas obras se pueden adquirir á voluntad del suscriptor, por cuadernos mensuales ó por tomos.

PRINCIPIOS MORALES POLÍTICOS Y SOCIALES que han de servir de base al ejercicio de la libertad, por D. Vicente Calatayud Bonmatí. Precio Pesetas 0,50. En las principales librerías católicas.

ESPERA por Aurora Lista. Dos volúmenes de la Biblioteca del Hogar. Precio Petas. 075. En la librería católica Barcelona, Pino 5.

LA IGLESIA Y LA MASONERIA, querrela del "Grande Oriente contra "La Verdad", revista de Castellón. Extracto del sumario y reseña del juicio oral con los discursos de los acusadores Sres. Dualde y Moraita y de los defensores Sres. Gascó y Nocedal y la sentencia absolutoria. Es libro curiosísimo. Los pedidos á la Administración de "La Verdad", Castellón.

LECTURAS POPULARES CUENTOS ARTÍCULOS Y DIÁLOGOS

DE BUEN HUMOR

de A. C. y G. director de

LA LECTURA POPULAR

TERCERA COLECCION

ILUSTRADA CON BONITAS VIÑETAS POR

D. José María Suay

PRECIO UNA PESETA.

Los pedidos acompañados de su importe á la administración de "La Semana Católica", Bolsa 10 principal.—Madrid:

NOTA.—De la colección segunda quedan ejemplares y la primera está agotada, se haya en prensa la segunda colección.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una acción	4 pesetas mensuales
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripción en Madrid en la administración de "La Semana Católica", Bolsa 10 y en las demás librerías católicas.